

En este sentido, el arte que nos proponen los españoles es el menos deslumbrante de todos, el más familiar, el que puede ser más simplemente entendido. Velázquez, que representa el arte español en su medida más profunda, pinta emperadores como podría pintar monjes, vestidos con un traje casi talar, en habitaciones desnudas, o con sencillos paisajes al fondo. Imagínese lo que hubieran hecho un Tiziano o un Veronés con los mismos modelos: modelos en cuyos dominios no se ponía el sol, dueños del mundo en un grado que no volvería a serlo nadie. Cuando, muy joven, pinta una escena mitológica, se produce su cuadro de «Los Borrachos», donde la mitología aparece reducida a términos modestísimos, y que más que la exaltación del vino, parece pregonar su aburrimiento, su melancolía. En el cuadro de «Las Lanzas», los soldados de los Tercios de Flandes se representaron con una infinita sobriedad, y el gesto de los capitanes es humilde, como es desnuda la sala en que se produjo el milagro de «Las Meninas». Precisamente, este desprecio por la seducción exterior hace del pintor de los Austria el artista de comprensión más difícil, y, todavía hoy, el genio menos divulgado entre los genios de la pintura.

Debe insistirse en esta «modestia» de la pintura española, que no es un azar sino una «permanencia». Murillo, Zurbarán, Valdés Leal, Ribera y Goya le serán fieles, en definitiva; y, hasta en nuestros días, Pablo Picasso, español a pesar de todo, no lo olvidará tampoco. Todas sus obras de carácter realista se dedicaron a representar criaturas de vida menesterosa o indigente, mendigos, obreras, gente del circo y de los caminos, pintados a veces con un solo color. Hasta el cubismo, en Picasso como en Juan Gris, español también, vendrá a ser, con la aparente pobreza de su dibujo y de

sus tonos, una nueva prueba de esta eterna humildad, que, aplicada a lo español, deriva más bien del cansancio de todo que del deseo de todo.

La fuerza revolucionaria de los españoles, en materia de arte, nace en grado no desdeñable de ese desdén, de la pompa y la fastuosidad. Es curioso comprobar cómo, cuando nos encontramos en un museo italiano o francés, tenemos la sensación de hallarnos en el Olimpo, o en la Opera, en un espacio en el que suceden prodigios que pretenden anonadarnos, persuadirnos de nuestra pequeñez, de lo menguados que resultamos ante la majestad del arte y de sus héroes. Por el contrario, en cualquier sala de pintura española, la sensación es de que estamos en casa o en la calle, y que lo que sucede en los cuadros podría sucedernos a nosotros mismos. La pintura española, diríamos, predispone al tuteo, así como la italiana nos inclina a decir «majestad», o «ilustrísima».

Tal vez esta confianza que nos inspira, tal vez la proximidad, lo fácil que nos resulta acercarnos a ella y saber con quien hablamos, ha valido al arte español su reputación de arte «realista». La palabra no sirve exactamente. En algún sentido, una pintura que ha descubierto el infierno en Goya, el estado de gracia en Zurbarán, el espacio en Velázquez, y la alucinación mística en Greco, no puede definirse como realista a secas. Otra cosa sería decir «humana»; es decir, entrañada en el hombre, lo mismo en sus hechos que en sus sueños. Pues lo que sí resulta cierto es que la obra de los españoles, proponiéndonos la máxima libertad poética, no deje de permitirnos en ningún momento que nos reconozcamos en ella, que guardenmos la conciencia de que ha sido realizada por hombres de genio, pero, en último término, iguales a nosotros mismos.